
La correspondencia entre género y guerra*

Joshua S. Goldstein

En este capítulo se resume la evidencia empírica de los capítulos 2 al 6 respecto de la presencia del género en la guerra, y se especula brevemente sobre sus implicaciones para la comprensión tanto de la guerra como del género. 1) El género tiene que ver tanto con los hombres como con las mujeres, especialmente cuando se trata de la guerra. 2) La guerra es un sistema extremadamente complejo en el cual las interacciones en el plano del estado dependen de la dinámica que se desarrolla en planos inferiores de análisis que incluyen el de género. 3) La guerra tiene un penetrante potencial en la experiencia humana que se extiende sobre la vida cotidiana —especialmente en lo que se refiere a los roles de género— de maneras profundas. Para pensar en el futuro a partir del sistema de la guerra hace falta romper con la negación psicológica que se deriva de sus efectos traumáticos en la sociedad humana. Confrontar la guerra en esta forma puede, a su vez, reconfigurar las relaciones de género.

Selección de explicaciones para los roles genéricos en la guerra

El cuadro 1 muestra el nivel de apoyo que tiene cada hipótesis** a la luz de las aportaciones de materiales empíricos revisados en los capítulos precedentes. Cualquier explicación de los roles genéricos en la guerra que dependa de la falta categórica de habilidad de las mujeres

* Tomado de Joshua S. Goldstein, *War and Gender / How Gender Shapes the War System and Vice Versa*, Cambridge University Press, 2001, pp. 403-414.

** En este libro se ha revisado una importante cantidad de evidencia empírica alrededor de la pregunta de por qué las mujeres están excluidas de la guerra de manera casi universal. [N. de la E.]

para desempeñarse en combate debe ser descartada, dado el registro histórico que se reseña en el capítulo 2. Las mujeres *pueden* ser buenas combatientes individualmente tanto en grupos mixtos como en grupos de puras mujeres. También pueden ser excelentes comandantes de soldados, y los hombres pueden respetar su liderazgo en la guerra. Se trata de "pruebas de posibilidad" muy sólidas que contradicen todo un conjunto de explicaciones potenciales basadas en barreras supuestamente insuperables o constitucionales de la efectividad de las mujeres en combate.

Sobre las hipótesis que se refieren más directamente a la biología, dos o tres encuentran un apoyo empírico relativamente fuerte. Primero, en promedio, existen diferencias genéricas reales que se reflejan en el tamaño y la fuerza de las personas (después de la pubertad, derivadas de la testosterona), aunque el traslape de las campanas de distribución estadística muestra que hay unas cuantas mujeres grandes y fuertes. En segundo lugar, una tendencia hacia la segregación genérica —marcada por el juego grupal brusco de los niños varones— influye en contra de la posterior integración de mujeres capaces dentro de los grupos guerreros. Esta segregación se encuentra ampliamente a través de las culturas y quizá tiene un componente biológico, pero está lejos de ser absoluta y puede ser tanto un efecto como una causa de los roles genéricos en la guerra. En tercer lugar, pero de manera mucho más débil y subsidiaria, las habilidades espaciales y las relaciones sociales jerárquicas muestran diferencias genéricas en promedio —las diferencias jerárquicas quizá están conectadas con los efectos de los cambios de rango social en los niveles de testosterona de los varones. Sobre todo, las principales diferencias genéricas innatas promedio parecen darse en la rudeza del juego antes de la adolescencia y, después, en el tamaño corporal. Los géneros se traslapan de alguna manera inclusive en estas áreas. Estas tendencias son demasiado débiles como para explicar la casi universal exclusión de las mujeres del ámbito de la guerra.

CUADRO 1
Estatus de las hipótesis a la luz de la evidencia

| Hipótesis | ¿Encuentra apoyo? | Comentarios |
|---|------------------------|---|
| 1. Inconsistencia de los roles de género | No | No existen casos de fuerzas armadas que sean neutrales al género; en total, hay una cantidad extremadamente pequeña de mujeres combatientes. |
| 2 A-D. No se debe al desempeño de las mujeres | Si | Aquellas mujeres que han peleado bajo diversas circunstancias se desempeñaron bien. |
| 3 A. Genética | No | El mismo código genético, aunque algunas partes se expresan diferencialmente por la testosterona. |
| 3 B. Niveles de testosterona | Ligeramente | La testosterona no causa agresión, pero responde a cambios en el estatus social (4B). |
| 3 C. Tamaño y fuerza | En medida considerable | Los géneros se diferencian en promedio, pero una considerable minoría de mujeres podrían calificar para la guerra. |
| 3 D. Cerebro y capacidad cognitiva | Ligeramente | Los géneros tienen diferentes habilidades espaciales y verbales, pero las curvas de distribución por género se traslapan en su mayor parte. |
| 3 E. Hormonas sexuales femeninas | No | Las conductas maternas se limitan al periodo de lactancia e incluyen agresión materna. |
| 4 A. Cohesión masculina [male bonding] | No | Los vínculos sociales varían entre los primates; los vínculos humanos no son inherentemente genéticos. |
| 4 B. Capacidad para trabajar en órdenes jerárquicos | Ligeramente | Las jerarquías femeninas son comunes, pero existen algunas diferencias de género; la testosterona puede tener cierta importancia (3B). |
| 4 C. Psicología de los grupos internos y externos | No | Hay pocas diferencias de género relacionadas con la lealtad hacia el grupo interno y la hostilidad hacia el grupo externo. |
| 4 D. Segregación genérica durante la infancia | En medida considerable | La segregación es común, pero los géneros se mezclan durante la infancia y la edad adulta en muchos escenarios que no son guerreros. |
| 5 A. Prueba de virilidad | Si | En muchas culturas, los varones son endurecidos para la guerra y se les bloquean las emociones para que puedan resistir el trauma. |
| 5 B. Refuerzo femenino | En medida considerable | Las mujeres apoyan psicológicamente las guerras, incluso al reafirmar la masculinidad de los soldados. |
| 5 C. Activismo femenino por la paz | No | Sólo algunas mujeres se oponen a la guerra; no han podido disuadir a otras mujeres de que no peleen. |
| 6 A. Sexualidad y agresividad masculinas | Ligeramente | El sexo durante la guerra se explica por el desorden social que causa la guerra; el combate no tiene implicaciones sexuales para la mayoría de los hombres. |
| 6 B. Feminización de los enemigos | En medida considerable | Es una construcción muy común a través de las culturas; se expresa en insultos generalizados y en violaciones durante la guerra. |
| 6 C. Explotación del trabajo de las mujeres | Ligeramente | La guerra intensifica la explotación, pero esto no evita que algunas mujeres participen en la lucha. |

Entre las hipótesis que tienen que ver más bien con explicaciones culturales, tres reciben mayor apoyo. Primero y de manera más contun-

dente, la tendencia a volver rudos a los niños se repite consistentemente a través de las culturas, y al ligar la valentía con la disciplina en la guerra con la hombría —con la vergüenza como medio para volverlas obligatorias— muchas culturas usan el género para motivar la participación en combate. En segundo lugar, las mujeres refuerzan activamente —en varios roles femeninos de guerra, tales como el de madre, amante o enfermera— una masculinidad tosca y valiente en los varones. En tercer lugar, los soldados usan el género para codificar la dominación con el recurso de feminizar a los enemigos. En conexión con este código, pero más elusivas empíricamente, están la posible intensificación (o sólo un sacudimiento) de la sexualidad de los soldados, y una más intensa explotación del trabajo de las mujeres durante las guerras. Estas explicaciones de los capítulos 5 y 6 parecen contribuir, de manera que se refuerzan mutuamente, al proceso de convertir tendencias biológicas en imperativos históricos —al transformar las distribuciones que se trasladan en categorías genéricas que no se trasladan en la guerra.

En resumen, las mejores explicaciones de los roles genéricos en la guerra son:

- pequeñas diferencias de género biológicas innatas en los promedios de tamaño, fuerza y rudeza en el juego;
- modelado cultural de hombres toscos, valientes, que feminizan a sus enemigos para codificar la dominación.

Entre todas, estas explicaciones resuelven el enigma de la existencia de roles de género casi universales para la guerra, aunque ninguna podría hacerlo por sí sola.

Falsación

Tal vez tan interesantes, y a menudo más convincentes empíricamente que las que ayudan a explicar los roles genéricos en la guerra, son las hipótesis que reciben muy poco o no reciben ningún apoyo empírico. Si Karl Popper estaba en lo correcto cuando dijo que la acumulación de conocimiento ocurre con la refutación empírica de conjeturas temerarias, entonces puede encontrarse cierto progreso aquí. Seis mitos muy estimados se desploman en llamas:¹

¹ Popper 1959.

1. La existencia de *matriarcados* —que hayan existido amazonas matriarcales y (su contrario) que los matriarcados sean (o hayan sido) sociedades completamente pacíficas— no se sostiene. Ninguna evidencia empírica sólida apunta a la existencia de amazonas, matriarcados o (con muy raras excepciones) sociedades pacíficas.

2. La idea de un *código genético* separado para los hombres —los genes de la guerra en el cromosoma Y— está equivocada.

3. La ampliamente sostenida noción de que los niveles de *testosterona* producen agresión tiene un apoyo empírico débil. La idea de que sus más altos niveles de testosterona provocan que los niños sean más agresivos que las niñas en la infancia temprana está equivocada, porque los niveles de testosterona de los niños y de las niñas son comparables cuando tienen entre uno y siete años.

4. Tampoco tiene apoyo el postulado de que las *hormonas femeninas* vuelven a las mujeres más pacíficas.

5. La *cohesión masculina* resulta ser genérica en todos los espacios exclusivamente masculinos, y es accesible a las mujeres en escenarios mixtos.

6. La evidencia también contradice la idea de que la mayoría de las *mujeres se oponen a la guerra* y por lo tanto elige no participar en combate. Algunas mujeres se oponen a las guerras (proporcionalmente, más mujeres que hombres), pero la mayoría de las mujeres apoyan las guerras.

Lecciones para la academia que estudia la guerra y la paz

La principal lección de este libro para la academia es sólo una: hay que ponerle atención al género. (Y, por supuesto, esto no significa “ponerle atención a las mujeres”.) La heurística de la investigación propuesta por las teóricas feministas en relaciones internacionales —que incluyen esfuerzos recientes por problematizar la masculinidad— suena razonable. Investigaciones posteriores sobre los nexos que existen entre el género, la guerra y las relaciones internacionales pueden contribuir al trabajo académico sobre la guerra mucho más allá de los círculos feministas. Es especialmente prometedora la sinergia potencial del feminismo con el liberalismo tradicional (todavía irrealizada) en áreas de investigación tales como la paz democrática, el nacionalismo, el conflicto étnico, las normas internacionales, la interdependencia, las organizaciones no gubernamentales y las telecomunicaciones globales. (Todas ellas son áreas

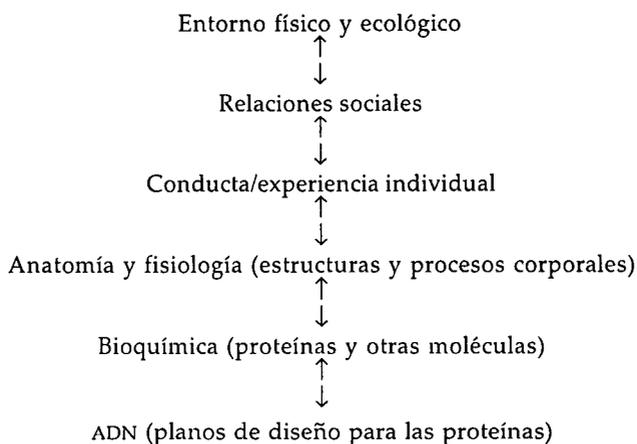
de las relaciones internacionales donde las explicaciones realistas basadas en una racionalidad en el plano del estado son especialmente inadecuadas.)²

Niveles múltiples de análisis

Para integrar al género en nuestra comprensión de la guerra hace falta usar múltiples niveles de análisis. Como los ángeles de la escala de Jacob, debemos llevar la evidencia para arriba y para abajo continuamente. Los diferentes niveles de análisis no han sido bien integrados en la academia que estudia la guerra, parcialmente porque son estudiados por diferentes disciplinas académicas. Estas fronteras disciplinares, como las fronteras internacionales, marcan giros en el lenguaje y en la cultura. Además, los niveles de análisis no están limitados al rango de los sistemas individuales, estatales e interestatales (como en la ciencia política) sino que se extienden desde la bioquímica hasta las tendencias mundiales. Como lo muestra la figura 1, la causalidad va en las dos direcciones: desde los ecosistemas hasta los genes y de regreso. El sistema de la guerra atraviesa estos niveles, aunque la ciencia política generalmente se ocupa sólo de uno de los estratos de enmedio.

FIGURA 1

Causalidad de ida y vuelta a través de diversos niveles de análisis



² Zalewski y Parpart 1998; Zalewski 1998; Ferguson 1993.

Se ha vuelto un conocimiento convencional en la teoría de las relaciones internacionales, a partir de Kenneth Waltz, que el “reduccionismo” —la explicación que parte de los niveles más simples de análisis— está mal. Waltz dice que los biólogos también se oponen al reduccionismo, y cita a un biólogo de 1925 en apoyo de esta idea. Sin embargo, la revolución en biología desde los años cincuenta ha demostrado precisamente lo contrario: el espectacular éxito del reduccionismo (la explicación de los organismos con base en la bioquímica en general y en el ADN en particular). En el estudio de la guerra yo propongo que los científicos políticos aprendan de los biólogos. Para entender cómo podría cambiar el sistema de la guerra necesitamos entender sus elementos constituyentes en los niveles más simples de análisis de una manera sofisticada. La cocinera conoce la sal; el compositor, las cuerdas; el jardinero, la tierra. La academia que estudia la guerra debe conocer el género.³

El sistema interestatal

A veces, procesos similares se repiten en diferentes niveles de análisis —una especie de efecto fractal, por decirlo así. Por ejemplo, la física de las masas de *spin* se repite en las partículas subatómicas y en las galaxias. El complejo circuito de retroalimentación que mantiene a un organismo en equilibrio se parece al que mantiene a un ecosistema en equilibrio. Todos pensamos en los estados como gente, e inclusive la academia realista extiende intuiciones sobre la racionalidad individual al nivel del estado.

De manera similiar, parece que el sistema interestatal reproduce en el nivel de los grupos grandes los guiones [*scripts*] y las dinámicas basados en la biología que encontramos en el nivel de los grupos pequeños. Los principios más importantes de operación del sistema interestatal —tales como la hegemonía, la formación de alianzas, la diplomacia y la reciprocidad— se derivan directamente de la dinámica del pequeño grupo discutida en el capítulo 4.

De esta manera, lo que el sistema interestatal hace es transformar la política de un grupo muy grande —susceptible a la violencia incon-

³ Waltz 1979:19.

trolada, como en la cacería— en la violencia controlada de las relaciones en el interior del grupo que se basan en la jerarquía y las normas. Los líderes individuales de los estados —los grandes poderes en particular— se vuelven los miembros de un pequeño grupo de tales líderes, donde los individuos se conocen muy bien entre sí. El “otro” grupo deshumanizado se humaniza en este proceso al ganar una cara. (En el sistema de la Europa moderna temprana, los casamientos reales intensificaron esta intimidad.)

Por lo tanto, el sistema interestatal sobrepone la dinámica de las jerarquías verticales (relaciones en el interior del grupo) por encima de la dinámica horizontal de las relaciones entre los grupos. Los jefes de estado (y ahora, en algunos casos, los jefes de gobierno) epitomizan a sus estados ante los demás jefes y ante el mundo. Los ciudadanos participan en una dinámica de pequeño grupo de relaciones interestatales al experimentar vicariamente las acciones y declaraciones de sus líderes, que son su vínculo con el sistema interestatal.

El sistema interestatal como dinámica de pequeño grupo también ayuda a explicar el enorme impacto psicológico de las conductas que heredamos directamente de los primates. El apretón de manos que se dieron Arafat y Rabin en 1993, por ejemplo, fue un gesto puramente simbólico sin efectos materiales, pero sin embargo tuvo un gran impacto porque los líderes —que estaban funcionando como individuos *en el interior* de un grupo— pusieron en escena la señal elemental de reconciliación entre humanos, bonobos y chimpancés: la mano extendida. La jerarquía de dominación fue afirmada en la medida en que Arafat se dirigió a Rabin bajo la mirada paternal del macho alfa (Clinton). El apretón de manos certificó la aceptación de Palestina como una “persona” en el pequeño grupo representado por el sistema interestatal —lo cual parece haber sido un parteaguas clave en la ruta del establecimiento del estado palestino.

Sobre todo, la jerarquía internacional parece un sistema de dominación, las fluidas alianzas internacionales parecen política de chimpancés, y la reciprocidad uno-a-uno estudiada por los investigadores en relaciones internacionales se parece a las conductas recíprocas que permiten la cooperación en los pequeños grupos y cara a cara. Esta perspectiva de niveles múltiples sugiere que la academia dedicada a las relaciones internacionales debe prestar atención a la teoría del poder transicional; tal teoría dice que las guerras muy largas se dan cuando existen disputas por

posiciones en la jerarquía de estatus; especialmente cuando un poder en ascenso rebasa (o amenaza con rebasar) al estado más poderoso (por ejemplo, el ascenso de Alemania durante el siglo XIX).⁴

Esta superposición de la estructura intragrupal en relaciones intergrupales tiene un precio. El sistema de dominación, aunque limita la violencia, también la sanciona y la regulariza. El moderno sistema estatal basado en el modelo europeo ha permanecido estable, pero al costo de guerras recurrentes. La dinámica intragrupal de las amenazas y los despliegues rara vez da como resultado graves daños; de hecho, caracteriza el mundo de la diplomacia. Sus acciones, sin embargo, ponen en funcionamiento ejércitos que responden a las reglas del gran grupo —conquista, deshumanización y violencia letal. Por lo tanto, la experiencia de la guerra para los soldados tiene poca semejanza con la experiencia de la guerra para los diplomáticos y para los líderes políticos.

Si el sistema interestatal trabaja como un pequeño grupo, entonces tal vez un modelo de familia extendida sea tan eficiente como el modelo de estatus jerárquico masculino. ¿Podría el sistema interestatal de esta manera actuar como una plataforma para una identidad global humana que trascienda las diferencias del gran grupo? Eibl-Eibesfeldt dice: "El hombre tiene un sentimiento de familia, y está en una posición a la manera de una identificación simbólica para contemplar a la humanidad como una familia" con "[e] infante como símbolo unificador". Darwin escribió en 1859 que así como "las tribus están unidas dentro de comunidades más grandes", un individuo debe extender "sus simpatías hacia todos los hombres de todas las naciones y razas". Actualmente, las telecomunicaciones globales están acelerando este proceso dramáticamente, con ramificaciones desconocidas para el sistema de la guerra.⁵

La guerra como causa del género

La persistente fuerza de la "causalidad revertida" de la guerra al género penetra este estudio. El sistema de la guerra influye en la socialización de niños y niñas dentro de *todos* sus roles de género —un circuito de retroalimentación que fortalece y estabiliza los roles genéricos de la gue-

⁴ Organski 1958; Gilpin 1988; Kugler y Lemke 1996.

⁵ Eibl-Eibesfeldt 1979: 229-230.

rra. La influencia de la guerra ensombrece toda nuestra vida. Betty Reardon dice: "Una vez que la posibilidad o la realidad de la guerra se convierte en el contexto dentro del cual vivimos, los hombres y las mujeres se ven forzados a establecer roles". El género sirve como un medio o vector, por así decirlo, para la presencia de la guerra en nuestros escenarios sociales más íntimos.⁶

Desafortunadamente, el espacio para la guerra en la sección de género de las librerías está casi (aunque no tanto) tan vacío como el espacio para el género en la sección de guerra. Por ejemplo, el libro de la investigadora feminista británica Lynne Segal sobre hombres y masculinidad se salta la guerra y el militarismo, y trata la "violencia masculina" como violencia en contra de las mujeres, con lo que deja a la violencia entre varones fuera del campo de visión. El reciente volumen compilado por Mary Roth Walsh que cubre todo el espectro de los temas de género también omite la guerra. Y así lo hacen muchos otros trabajos sobre género.⁷

Estas omisiones pueden ser mejor explicadas por la negación. Las convenciones sociales mantienen a la guerra en silencio en nuestras vidas cotidianas porque representa un trauma. La psicóloga Judith Herman subraya la brecha que existe entre la guerra y la vida diaria: "La historia de la guerra se restringe estrechamente a los hombres de una era particular, desconectada del resto de la sociedad que incluye a los dos sexos y a muchas generaciones. Por lo tanto, la fijación en el trauma —el sentimiento de un momento congelado en el tiempo— puede perpetuar la costumbre social que fomenta la segregación de los guerreros del resto de la sociedad". El historiador John Keegan dice que la guerra es "un mundo aparte" de la política y la diplomacia, "un mundo muy antiguo, que existe en paralelo con el mundo de todos los días, pero que no pertenece a él". (Jean Elshtain considera sin embargo que esta separación es un fenómeno burgués europeo.)⁸

La lección principal de este libro para aquellos que se interesan en el género es la de prestar atención a la guerra. Terminar con la negación y encarar la influencia de la guerra en el género es, según creo, un paso

⁶ Reardon 1985:11; Cock 1991:x; Keen 1991:37; Goldstein 1995.

⁷ Segal 1990; Walsh 1997.

⁸ Herman 1992: 67; Keegan 1993: :xvi; Elshtain 1987:181; Griffin 1992: 16, 32, 38.

importante para poner en jaque tanto el sexismo como el sistema de la guerra.

En particular, subrayaría un punto en el tema de volver rudos a los niños varones. Al criar a los niños para convertirlos en hombres, podemos preguntarnos cada día que pasa —como padres, madres, maestros y otros educadores—, si estamos produciendo guerreros, y si es así, cuál es el costo para el niño. Podría sorprendernos ver cuán alto es el costo, incluso si el niño nunca va a pelear en una guerra. Un gran problema con los debates populares simplistas sobre la “naturaleza de los niños varones” es que anudan un conjunto de influencias complejas que deberían ser desmenuzadas. Que algunas diferencias de género tengan fundamentos biológicos no quiere decir que todas lo tengan. Deberíamos ordenar los aspectos de la infancia masculina que tienen una base biológica —aspectos que pueden ser de utilidad en una guerra, pero que no tienen que tomar esa dirección necesariamente— de aquellos que las culturas imponen sobre los niños específicamente con el fin de prepararlos para la violencia.

Aspectos de la masculinidad con base biológica —antes de la pubertad— incluyen una propensión al juego brusco y revoltoso (mucho alboroto y agresión fingida), aguda atención a las jerarquías estatutarias competitivas, capacidades espaciales ligeramente elevadas y capacidades verbales y quizás interpersonales ligeramente reducidas. Si se combinan estos aspectos con el entrenamiento genérico para la violencia en contra de los extraños, lo que se obtiene es la guerra. Si, no obstante, se combinan con un entrenamiento para adherirse a las reglas, lo que se obtiene es el deporte. Los deportes para niños varones pueden ofrecer un productivo punto de partida para cambiar el sistema de la guerra. Potencialmente, alguien puede respetar y valorar las habilidades y propensiones que tienden a presentarse fácilmente en los niños varones, sin encauzarlas hacia la violencia y finalmente hacia la guerra a través del método de endurecimiento.

Dilemas del cambio social

Comencé este libro esperando contribuir de alguna manera a una comprensión más profunda de la guerra —una comprensión que pudiera incrementar las posibilidades de alcanzar algún día una paz real, de borrar la guerra de nuestro repertorio humano. Al seguir el hilo del género en la trama de la guerra, encontré la comprensión más profunda

que había esperado —un compromiso con el tema multidisciplinario y de múltiples niveles. Sin embargo, me volví de alguna manera más pesimista respecto de cuán rápido o fácil podría terminar la guerra. El sistema de la guerra emerge, según la evidencia que aporta este libro, como algo relativamente ubicuo y robusto. Los esfuerzos para cambiar este sistema deben superar varios dilemas que se mencionan aquí mismo.

En primer lugar, el pacifismo se enfrenta a un dilema cuando se piensa sobre las causas de la guerra y se trabaja por la paz. Muchos académicos y activistas dedicados al tema de la paz apoyan el enfoque de que “si se quiere la paz, hay que trabajar por la justicia”. Entonces, si se cree que el sexismo contribuye a la guerra, se puede trabajar por la justicia de género específicamente (quizás entre otras cosas) con la intención de llegar a la paz. Este enfoque le aporta aliados estratégicos al pacifismo (mujeres, trabajadores, minorías), pero reside en la asunción de que las injusticias son causa de la guerra. La evidencia recopilada en este libro sugiere que hay una causalidad inversa por lo menos tan fuerte como aquélla. La guerra no es un producto del capitalismo, del imperialismo, del género, de la agresión innata ni de ninguna otra causa por sí sola; sin embargo, cada una de esas causas influye en el desencadenamiento y en el resultado de las guerras. Más bien, la guerra en parte ha alimentado y sostenido estas y otras injusticias.⁹

De manera que “si se quiere la paz, hay que trabajar por la paz”. De hecho, si se quiere la justicia (la de género y otras), hay que trabajar por la paz. La causalidad no sigue una sola dirección a través de los distintos niveles de análisis, desde los distintos tipos de individuos, sociedades y gobiernos hasta la guerra, sino que también sigue la dirección inversa. Enloe sugiere que los cambios de actitud hacia la guerra y el militarismo pueden ser la forma más importante de “revertir la opresión de las mujeres”. El dilema es que el trabajo por la paz que se enfoca en la justicia aporta al pacifismo energía, aliados y fundamento moral, pero —a la luz de la evidencia que se expone en este libro— el énfasis en la injusticia como la principal causa de la guerra parece ser empíricamente inadecuado.¹⁰

En segundo lugar, las mujeres se enfrentan a un dilema cuando tratan de cambiar el sistema de la guerra (incluido su sexismo). Si se

⁹ Forsberg 1997.

¹⁰ Enloe 1983:17.

enrolan en el ejército y tienen éxito como combatientes —posiblemente la intervención más dislocadora del género vigente en la actualidad en el nexo entre género y guerra— contribuyen al sistema de la guerra, que refuerza los roles de género. Como lo advierte Enloe, “ganar la igualdad de oportunidades para aquellas mujeres [... usadas por] el militarismo sólo *perpetúa* la noción de que el militarismo es tan importante para todo el orden social que [...] las mujeres [... lo necesitan] para lograr sus esperanzas y aspiraciones”. Las mujeres soldados sólo podrían llevar a cabo cambios limitados en las fuerzas armadas al tiempo que seguirán siendo una pequeña minoría de la fuerza total, lo cual es muy probable que consigan en el futuro. El éxito que las mujeres combatientes han tenido cuando han sido probadas también sugiere que congraciarse con las mujeres no altera fundamentalmente la capacidad del ejército para hacer la guerra. Si, no obstante, las mujeres se convierten en militantes para la paz, también tienen un impacto limitado en el sistema de la guerra porque sus acciones pueden feminizar la paz y por tanto reforzar la masculinidad militarizada. Finalmente, si las mujeres nada más tratan de ser buenas madres y criar a sus hijos e hijas de manera exitosa dentro de las normas de la sociedad, terminan —sin proponérselo— reproduciendo los roles genéricos de la guerra en una nueva generación.¹¹

Los progenitores de niños varones se enfrentan con un tercer dilema. Si socializan a sus hijos en la “masculinidad” tal como la entiende nuestra cultura, los convierten en guerreros y arruinan sus capacidades afectivas. Sin embargo, si estimulan en ellos rasgos y preferencias que se consideran “femeninos” ponen a los niños en el riesgo de que sus compañeros los avergüencen diciéndoles “mariquitas”, y hasta de que se conviertan en inadaptados sociales y chivos expiatorios. Tal vez el “movimiento de los niños varones” alcanzará cierta masa crítica suficiente para cambiar la cultura de los compañeros y abrirá un espacio para que se desarrollen identidades genéricas alternativas (menos determinadas por la guerra). Además, las sociedades en su conjunto habrían de enfrentar un dilema adicional en la crianza de los niños varones: si se educa a los niños para que no sean guerreros, podrán ser derrotados en algún momento dado por otras sociedades que sigan educando guerreros. De nuevo, el cambio genérico puede depender en parte del cambio en el sistema de la guerra.

¹¹ Enloe 1983:17.

Los padres desempeñan un papel problemático en la perpetuación de los roles genéricos. Cuando los padres están presentes, imponen las normas de género en los niños varones de manera más rigurosa que las madres (y más rigurosamente de lo que ellos mismos las imponen en las niñas). La situación más propicia para los cambios *genéricos* en los niños varones, entonces, habría de ser la de mantener a los padres fuera de la jugada. Sin embargo, la participación de los padres se correlaciona con otros resultados positivos para las criaturas (autoestima, éxito en la escuela, etc.). La respuesta debía ser que los padres participaran más en la crianza de sus hijos varones, pero que sugirieran asuntos masculinos alternativos que no se orientaran hacia la guerra. El movimiento en esta dirección ha sido lento.

Finalmente, nadie sabe cuál es la dirección o la doctrina correcta que terminará con la guerra, conseguirá la igualdad de género o romperá el vínculo que existe entre la guerra y el género. Una lección de este libro es que la conexión entre guerra y género es muy compleja y que nadie puede pretender que la entiende bien o que la ha resuelto en una fórmula simplista. Además, aunque se han dado importantes progresos, tanto la paz real como la verdadera equidad de género siguen estando, en el mejor de los casos, a varias generaciones de distancia de la nuestra.

La buena nueva, sin embargo, es que en un sistema de retroalimentación con causalidades múltiples, influir en algunos puntos afecta el sistema en su totalidad. Además, la inercia en un sistema dinámico puede ser autosustentable, y en décadas recientes ha habido una fuerte inercia, sobre todo hacia la paz y la equidad de género. El sistema de la guerra no está inscrito en piedra ni es conducido por una fórmula simple, sino que está vivo, es complejo y es modificable. Los sistemas complejos tienen muchas posibilidades, como lo demuestra la biología. Podemos celebrar esta diversidad —nuestro derecho de nacimiento como seres humanos y como primates— porque ofrece muchas posibilidades para elegir entre ellas. Ultimadamente, de maneras ínfimas, todos participamos en el sistema de la guerra y todos configuramos su evolución. Como dice un antiguo refrán, no es nuestro deber terminar el trabajo, pero tampoco podemos desentendernos.¹²

Traducción: Hortensia Moreno

¹² Rabino Tarfon; véase Pirké Avot, 2:21.

Bibliografía

- Cock, Jacklyn, 1991, *Colonels and Cadres: War and Gender in South Africa*, Oxford University Press, Oxford.
- Eibi-Eibesfeldt, Irenäus, 1979, *The Biology of Peace and War: Men, Animals and Agression*, Viking, Nueva York.
- Elshtain, Jean Bethke, 1987, *Women and War*, Basic, Nueva York.
- Enloe, Cynthia H., 1983, *Does Khaki Become You? The Militarization of Women's Lives*, South End Press, Boston.
- Ferguson, Kathy E., 1993, *The Man Question: Visions of Subjectivity in Feminist Theory*, University of California Press, Berkeley.
- Forsberg, Randall Caroline Watson, 1997, "Toward the End of War", *Boston Review*, 22, 5, octubre-noviembre, pp. 4-9.
- Gilpin, Robert, 1988, "The Theory of Hegemonic War", en Robert I. Rotberg y Theodore Raab (comps.), *The Origin and Prevention of Mayor Wars*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 15-37.
- Goldstein, Joshua S., 1995, "International Relations and Everyday Life", en Ruth Zemke y Florence Clark (comps.), *Occupational Science: The First Five Years*, F. A. Davis, Filadelfia, pp. 13-22.
- Griffin, Susan, 1992, *A Chorus of Stones. The Private Life of War*, Anchor, Nueva York.
- Herman, Judith Lewis, 1992, *Trauma and Recovery*, Basic, Nueva York.
- Keegan, John, 1993, *A History of Warfare*, Knopf, Nueva York.
- Keen, Sam, 1991, *Fire in the Belly: On Being a Man*, Bantam, Nueva York.
- Kugler, Jacek y Douglas Lemke (comps.), 1996, *Parity and War: Evaluations and Extensions of the War Ledger*, University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Organski, A. F. K., 1958, *World Politics*, Knopf, Nueva York.
- Pirké Avot [c. 200] 1997, *Pirké Avot: Wisdom of the Jewish Sages* [Chaim Stern, comp.], Ktav, Hoboken, NJ.
- Popper, Karl Raimund, 1959, *The Logic of Scientific Discovery*, Basic, Nueva York.
- Reardon, Betty A., 1985, *Sexism and the War System*, Teachers College Press, Nueva York.
- Segal, Lynne, 1990, *Slow Motion: Changing Masculinities, Changing Men*, Rutgers University Press, New Brunswick, NJ.
- Walsh, Mary Roth (comp.), 1997, *Women, Men and Gender: Ongoing Debates*, Yale University Press, New Haven, CT.

Waltz, Kenneth Neal, 1979, *Theory of International Politics*, Addison-Wesley, Reading, MA.

Zalewski, Marysia y Jane Parpart (comps.), 1998, *The "Man" Question in International Relations*, Westview, Boulder, CO.

Zalewski, Marysia, 1998, "Introduction: From the "Woman" Question to the "Man" Question in International Relations", en Zalewski y Parpart (comps.), pp. 1-13.

Copyright of Debate Feminista is the property of Metis Productos Culturales SA de CV. The copyright in an individual article may be maintained by the author in certain cases. Content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.